

GRANJA SAINZ, JOSÉ LUIS DE LA: *El nacionalismo vasco, 1876-1975*. Madrid, Arco/Libros, 2000, 95 págs.

José Luis de la Granja, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco, es uno de los más destacados especialistas en la historia del nacionalismo vasco, tema sobre el que durante los últimos años ha venido publicando importantes trabajos. Y en esta ocasión nos ofrece una síntesis, bien estructurada y bien redactada, en la que en menos de cien páginas resume sus hitos esenciales, desde sus orígenes hasta 1975. Con ello proporciona una utilísima introducción a una cuestión, que no es sólo relevante desde el punto de vista histórico, sino que resulta indispensable conocer si se quiere entender el problema más grave que hoy tiene planteado España.

Como cualquier otro nacionalismo, el vasco no surge de la noche de los tiempos, sino que sus orígenes se pueden rastrear en un periodo concreto, que en su caso se pueden situar en la segunda mitad del siglo XIX. Granja recuerda que surgió en un contexto marcado por las guerras carlistas; por la llegada de unos inmigrantes atraídos por la industrialización de Vizcaya, en los que algunos verían una amenaza para la identidad tradicional del país; y por el desarrollo de una literatura romántica, que muy deliberadamente sustituyó la historia por la leyenda para enaltecer el pasado de una Vasconia idílica que supuestamente habría gozado de soberanía al amparo de sus fueros. De los ambientes carlistas y fueristas provenían muchos de los primeros militantes del Partido Nacionalista Vasco. Partido que fue fundado y guiado en sus primeros pasos por un dirigente carismático, Sabino Arana.

En un breve pero sustancioso capítulo Granja traza los rasgos esenciales de la trayectoria política y del pensamiento del fundador. Integrista en religión y tradicionalista en política, Arana se autodefinió como «antiliberal y antiespañol». Su objetivo era que los distintos territorios que integraban lo que él denominó Euzkadi se separaran de España y de Francia para confederarse en un Estado vasco, que sería confesionalmente católico, estaría poblado principalmente por familias «de raza vasca», tendría el euskera como única lengua y restablecería las viejas costumbres que la urbanización y la secularización habían modificado.

El integrista católico, el concepto de raza y la pretensión de volver a las normas de vida ancestrales quedaron más tarde en la cuneta. El PNV, como otros partidos europeos, terminó evolucionando del tradicionalismo a la democracia cristiana. Pero la aspiración de Arana a un Estado vasco culturalmente homogéneo y políticamente soberano no se abandonó

nunca. Los sucesivos textos programáticos del nacionalismo vasco, fechados entre 1894 y 1962, que Granja recoge en el interesante apéndice de su libro, son buena prueba de ello. El manifiesto del PNV en el exilio de 1949, un momento particularmente difícil en que frente a la dictadura de Franco aquél deseaba coordinar su esfuerzos con los de la oposición española no totalitaria, proclamaba también «el derecho del Pueblo Vasco a expresar libremente su voluntad y a que su decisión sea considerada como la única fuente jurídica de su estatus político». Es decir, lo que hoy denominan «ámbito vasco de decisión» y que les sigue llevando a rechazar la Constitución española.

Pero sin renunciar a ese programa máximo, el PNV ha manifestado también, por primera vez en vida de Arana, luego durante la República y finalmente en nuestro actual marco democrático, una voluntad de encontrar acomodo a sus aspiraciones en el seno del Estado español, por la vía de la autonomía. En esa dialéctica entre el independentismo programático y el autonomismo práctico ha discurrido la historia del PNV hasta 1975, como muestra el libro que comentamos, y también después.

ETA representó una ruptura en la historia del nacionalismo no por su expresa voluntad independentista, ni siquiera por su radical repudio de la vía autonómica (que ya habían rechazado en el pasado otros sectores del nacionalismo) sino por su opción terrorista, totalmente ajena a la historia secular del PNV. La extraña relación entre ETA y el PNV de Arzalluz, a la que han llevado su parcial coincidencia en los fines y su plena discordancia en los medios, es otra historia, que José Luis de la Granja haría bien en trazar en otro libro. Pero los fundamentos del nacionalismo vasco difícilmente habrían podido ser expuestos tan claramente en menos páginas de las que tiene éste.

JUAN AVILÉS FARRE

21 ENE. 2002